



Desplazamiento y memoria en la poesía de Mery Yolanda Sánchez

María Camila Espinosa Rodríguez

El desplazamiento es una de las problemáticas que aquejan la sociedad Colombiana desde siglos anteriores. Guerras bipartidistas, deseo insaciable de poder, competitividad por manejo de recursos y tierras, desapariciones forzadas, y un sin número de violaciones a los Derechos Humanos han marcado la historia del país. De esta manera, se abarcará la obra *Rostro de tierra* de la escritora tolimense Mery Yolanda Sánchez y su propuesta escritural que gira en torno a la composición poética desde la voz de las víctimas que fueron y siguen siendo marionetas en el juego de la violencia. En consecuencia, según Castillejo (2000)

El desplazamiento físico de una persona es como ingresar a otra dimensión del sujeto. La persona sufre una transformación, y esta es la de ser objeto de desprecios y exclusiones. La de mutar en un ser, imaginario y casi de ficción, cuya experiencia no comprendemos. Nuestra sociedad, bajo el presupuesto de la distancia de la guerra, apenas los percibe como otro más en el complejo mundo de lo indeseable (p. 54).

Cada desplazado no sólo vive el tormento de salir en búsqueda de un nuevo espacio, una nueva identidad, sino que tiene que soportar los señalamientos excluyentes de quienes sin saberlo también pueden vivir el desplazamiento de distinta manera.

Es así como, Giraldo (2008) define al desplazado como quien “se ha visto obligado a migrar en busca de amparo a otras partes cercanas a su territorio” (p. 46) siendo esta eventualidad, el resultado de la ruptura de un proyecto de

vida establecido y la pérdida de las tradiciones socio-culturales.

En consecuencia, la violencia –como bien la define Giraldo- “reaparece en un lugar de locura donde la vida es como un circo en el cual “a veces ríen, y matan”, cada uno es una amenaza para el otro y todo puede ser peligroso, especialmente cuando la gente está alrededor” (p.45-46) de ahí, que la violencia sea la precursora de los diversos desplazamientos que se dan a diario en nuestro país. Desde esta perspectiva, se considera al desplazado como quien

Experimenta la organización ciudadana, las señales de desempleo, las dificultades para la educación y la reubicación, además de inseguridad social, formas de agresión, repulsión y exclusión (...) La circunstancia no sólo es violenta desde el punto de vista político y social, sino emocional, puesto que esto le significa vivir una carencia trágica: al ser obligado a emprender la huida, es despojado de sus posibilidades físicas y simbólicas de existir dignamente y se convierte en un desarraigado al que “en el transcurso de su periplo migratorio, normalmente recorre(n) un camino de rechazos generados desde el interior de cada uno de los sitios, ciudades, pueblos o naciones a los cuales pretende(n) llegar (...) (p.38).

De esta manera, se constituye el desplazamiento como una de las formas en las que el sujeto o la comunidad que debe salir de su tierra, experimenta no sólo el destierro y dolor de dejar lo que ha construido, sino el hecho de volverse invisible para los demás, a tal punto de poner en riesgo su propia vida, si toma la decisión de quedarse. Por tanto, quien es desterrado vive una dualidad desesperante, pues si se va, de-

berá partir de cero y buscar nuevos horizontes en tierras desconocidas; mientras que, por el otro, si decide quedarse tendrá que pagar las consecuencias a gusto de quienes participan en la guerra.

Ahora bien, el desplazamiento lleva consigo otras maneras de salir o entrar a ciertos territorios, ya que no es solo partir o sufrir el destierro como consecuencia de la guerra. Frente a esto, Imre Kertész citada por Giraldo, reconoce que no “se debe de hablar de emigración sino de exilio, pues quien lo padece se ha exiliado “del único verdadero hogar”, y afirma la existencia de un “Yo dominante que registra, domina y describe el mundo” (p.21). Partiendo de esto, el exilio es la manera en que se pierde ese Yo, como producto de una herencia cultural, social, política, económica y moral al trasladarse (algunas veces por voluntad propia) a otro lugar, otro espacio que le impone sus costumbres, formas de pensar y vivir.

Aunque el exilio no es una temática recurrente en la obra de Mery Yolanda Sánchez, es importante tener en cuenta esta otra manera de desplazamiento, pues como se mencionó anteriormente, con frecuencia sólo se hace alusión a quien emigra y no a quien viene de otros lugares, ya sea por voluntad propia o como consecuencia de las propias necesidades en su lugar de origen.

Entrando un poco a relacionar la poesía de Sánchez junto a los planteamientos expuestos con anterioridad, es de vital importancia recalcar cómo la palabra se convierte en el “instrumento” que utiliza la escritora para denunciar y a su vez propender para que esa multitud de voces silenciadas, sean recordadas a través de

la pluma y/o manifestaciones artísticas. Frente a esto, Sánchez (2012) asegura que

Creo que la memoria poética tiene un significado ético y político, la conquista de lo estético está en el resultado de la construcción a partir de lo real y lo imaginario. Y digo conquista de lo estético, porque el triunfo se lo lleva la infamia (...) ¿Será posible la poesía como un ente reparador o, por lo menos, acompañador de las víctimas? También puede, por qué no, la misma culpa atrevernos a la palabra (p.124)

Y es precisamente esto lo que mueve la poesía. La mueve la necesidad de sacar y de construir significados a partir del invisible, de aquel o aquella que fue víctima y a la vez fue olvidado(a), de aquellos que vivieron toda una vida trabajando para solventar los gastos familiares y tener un lugar digno para vivir, y que injustamente tuvieron que dejar sus tierras, su herencia y su propia vida para pasar a ser un número en las múltiples encuestas que se hacen en torno al desplazamiento en Colombia. En esta perspectiva, el poema “encuentros” genera la imagen de ese desterrado sin rumbo:

Recuerdas cuando te reuniste con los verdugos
en la casa del pan y te viste en la tierra desolada y
volviste en saltos sobre las horquetas sin nombre. Ni
siquiera fechas en los caminos. Remolinos de polvo te
hablaban del viento y te abrazaban y te mandaban a
botes por las montañas. Te enredaste con un poco de
sal que no hacía falta porque vacas y maíz se habían
cansado de resistir (2011, p.29).

¿Acaso aquellos que se asemejan a un remolino de polvo, no son los que están de un lado para el otro sin rumbo fijo? ¿No se asemejan a la cantidad de personas que huyen no sólo de la guerra sino de la pobreza en la que se encuentran? ¿No son esos que vemos en los semáforos con su familia pidiendo auxilio con sus caras demacradas? ¿No son los que todas las noches se acuestan deseando un mejor mañana? Sí, son ellos. Los que vemos a diario, los que ignoramos y los que aún hacen parte de la guerra, aunque para nuestros ojos sean invisibles.

A su vez, el poema “Notas” simboliza la huída, logra en el lector esa sensibilización para comprender cómo una persona tiene que dejar su vida en cualquier hora y momento, enfrentándose a la búsqueda de un nuevo comienzo.

Se procura no llamarte ni mencionar tu nombre si
piden huellas digitales. Y otra vez el dolor comienza
en los dedos que no alcanzan la masa para el vecino.
Entre alcoholes se está despierto para la hora del
miedo y en pedazos que caen de los helicópteros se
recupera el bostezo que dejaste en el vaivén de la
mecedora (2011, p.26).

Ahí está, el miedo y la incertidumbre de esperar la hora en que se tenga que huir. ¿Huir? ¿Dejar todo lo que construí? ¿Qué me espera? ¿Para dónde voy? ¿Y mi familia? Preguntas que no en vano están marcadas de desolación y repudio de quienes sin justa causa sufren las consecuencias de una guerra de la que nunca fueron llamados a participar pero que fi-



nalmente terminaron involucrados, llevando ellos la peor parte del juego.

Finalmente, la misma poeta expresa que “al leer poesía aprendo sobre la condición humana, reviso mi búsqueda y me reafirmo en ignorar el artilugio del acomodamiento” (Sánchez, p.125) ya que conociendo y sintiendo el karma de la víctima es la única manera de lograr la sensibilidad en el lector y así no dejar en el olvido un acto tan despreciable para quien lo genera y doloroso para quien lo vive; llegando así a generar una propuesta estética desde la voz de los invisibles, de aquellos que ya no

hablan por temor a que sus palabras sean atravesadas por las balas y que sin más esperanzas esperan que alguien lo haga por ellos.

Referencias

- Castillejo, A. (2000). *Poética de lo otro. Para una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*. Bogotá: Colciencias.
- Giraldo, L. M. (2008). *En otro lugar. Migraciones y desplazamientos en la narrativa colombiana contemporánea*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Sánchez, M. Y. (2011). *Rostro de tierra*. Santiago de Cali: Universidad del Valle.
- Sánchez, M. Y. (2012). *Lecturas del asombro: poéticas de la memoria en clave de mujer*. Revista de Docencia e Investigación. Pág. 121-132